

Desarrollo sustentable y medio ambiente. Una nueva estrategia global*

Sustainable development and environment. A new global strategy

JOSE MIGUEL SERRANO

Volcán Copahue 1929, Puerto Montt, Chile

Hemos observado en el último tiempo, a través de diversas manifestaciones de carácter público, la clara y marcada evolución que ha experimentado en Chile el tema del medio ambiente. En décadas pasadas este fenómeno se miraba con cierto desprendimiento, poniendo una prudente distancia entre Chile y los países más desarrollados, donde el debate se daba con fuerza y pasión. Hoy, sin embargo, el asunto medioambiental está presente y sumamente activo en nuestro país. Esta preocupación por nuestro entorno natural ha llegado a Chile para quedarse. No va a desaparecer por el sólo hecho de criticar a los ecologistas más conspicuos que participan en el debate medioambiental. Se hace necesario, más bien, realizar un profundo análisis introspectivo relativo a la integración del tema medioambiental en todas aquellas disciplinas que tengan alguna incidencia sobre el desarrollo nacional. Es al estudio de esta materia, tan importante para el futuro de Chile y otros países con similares características al nuestro, que nos vamos a dedicar en el presente trabajo.

PRECISIONES SOBRE EL DESARROLLO SUSTENTABLE

Entre los juegos de palabras y las ideas fuerza que se han venido imponiendo últimamente, ocupa un lugar destacado lo que se ha denominado desarrollo sustentable. Es una expresión atractiva que invita a compartirla sin mayor análisis. Es similar a otras que también se repiten, como el desarrollo con equidad, la segunda etapa exportadora

o los jaguares de Sudamérica. ¿Qué hay en un nombre?, preguntaba William Shakespeare unos cuatro siglos atrás. Y respondía diciendo que "una rosa, por cualquier otro nombre, igual conservará su dulce aroma". El insigne autor y dramaturgo inglés trataba de advertirnos, ya en aquella época, contra el mal uso intencionado que suele dárseles a ciertos términos y definiciones en boga en algún momento dado.

La palabra sustentable, o sustentabilidad, es ambigua y se puede interpretar de variadas maneras. Una sería la característica de poder sostener en el tiempo el crecimiento económico. Otra más completa correspondería a una situación de desarrollo persistente en el tiempo, conservando un patrimonio estable o en aumento de riqueza material, capital humano y cultural, costumbres ancestrales y ciertos recursos naturales vitales, como el agua y el aire, algunos minerales o fuentes energéticas, ciertas especies animales o vegetales y por supuesto los bosques.

Hay en torno al tema de la sustentabilidad una natural confusión y su uso debería ser precisado. Sin embargo, los menos interesados en hacerlo son los que más lo emplean, porque así como está sirve para toda clase de proposiciones en los campos político y cultural y en relación con el medio ambiente. Lo que más nos inquieta es, sin embargo, su creciente mención, sin mayor precisión y análisis, por intelectuales y dirigentes políticos.

Como quiera que se defina la sustentabilidad, está claro que la gente vive mejor en un ambiente menos contaminado y esto se da con mayor fre-

* Charla dictada en la Facultad de Ciencias Forestales, 3 de septiembre de 1997.

cuencia en países desarrollados, como Estados Unidos o los de Europa Occidental. El advenimiento del capitalismo moderno, junto con la economía de mercado, han permitido una reducción notable de la pobreza. Incluso han permitido alimentar una población mundial creciente, que antes no aumentaba más por hambrunas, pestes y otros males derivados en parte por la falta de dinamismo de la producción y de una escasa preocupación por el desarrollo humano.

Los problemas ambientales y de contaminación han sido, en general, bien tratados durante las últimas décadas en los países desarrollados. Los consumidores exigen productos de mejor calidad y menos dañinos para la salud y el medio ambiente. En el mercado libre se genera una presión por productos "sanos" que obliga a los empresarios a mejorar su tecnología. Esto se produce de manera natural, aunque los gobiernos no intervengan.

El capitalismo preserva mejor los recursos por su respeto a la propiedad privada. Los dueños de una casa, un predio agrícola o un bosque tienen incentivos para mantenerlos limpios y en buena forma y disponen de recursos para invertir, intentando conservar o aumentar el valor de estos activos en el largo plazo.

Es absurdo pensar que el objetivo de los individuos o los empresarios sea liquidar sus propiedades y depredarlas, reduciendo de esta manera su precio de mercado y por ende sus respectivos patrimonios. Esto sólo ocurre cuando los bienes son comunes o estatales, o cuando los derechos de propiedad no están claramente definidos ni protegidos. La basura no se encuentra en las casas particulares ni en los bosques privados; está en los caminos públicos, o en los campos y bosques sin dueño.

Las personas racionales cuidan su propiedad y el mejor negocio es hacer máximo el valor de los recursos, las inversiones y los proyectos productivos en el largo plazo. Este aliciente de mercado no existe, o no está claramente definido, cuando la propiedad es de todos. El progreso de las personas implica usar los recursos naturales u otros. Sin embargo, la lógica de maximización del mercado induce también a conservarlos. El petróleo y los alimentos no han escaseado, como vaticinaban algunos ecologistas radicales un par de décadas atrás. Lo que se observa más bien es una abundancia mayor y el desarrollo de tecnologías ahorradoras de insumos "escasos". Esta combinación de utili-

zación racional y conservación es lo que hemos llamado una política de "uso inteligente".

INTEGRACION DEL DESARROLLO Y EL MEDIO AMBIENTE EN LA ADOPCION DE DECISIONES

La piedra angular del desarrollo sustentable es un sistema de mercados abiertos y competitivos en el que los precios reflejen tanto los costos de los bienes y servicios transados como los del medio ambiente.

En Chile se da frecuentemente el caso de que tanto el gobierno como el sector privado, al tomar decisiones, analizan por separado los factores económicos, sociales y del medio ambiente, lo que repercute negativamente en este último y en un desarrollo que sea económicamente eficiente y racional. De allí la necesidad imperiosa de que nos vayamos acostumbrando a integrar estos factores en el proceso de planificación y gestión, de manera que cuando se adopten decisiones que tengan una incidencia económica, social, fiscal, energética, agropecuaria, comercial, de transporte o de otra índole, se ponga mayor atención a las consecuencias que tendrán esas decisiones para el medio ambiente. Para que esto suceda de una manera gradual y no traumática será necesario fortalecer las instituciones que se relacionan con el medio ambiente y facilitar la participación de la sociedad en el proceso de toma de decisiones.

Un importante aspecto a considerar sobre el particular es la formulación y mejoramiento de las leyes y reglamentos que regulan el medio ambiente, de manera que sirvan realmente de instrumentos para poner en práctica las políticas sobre desarrollo sustentable. En este contexto, hay varias ideas que están siendo analizadas por el Gobierno y que pasan por dar la prioridad tantas veces anunciada al tema, hacer que opere eficientemente el reglamento para el Sistema de Evaluación de Impacto Ambiental (SEIA) y resolver las controversias existentes y venideras con la visión de que se constituirán en precedentes para el futuro. Es decir, sacarle provecho a la experiencia y al camino recorrido.

Una de las ideas que está siendo considerada pasa por reformar la actual institucionalidad, donde -en una perspectiva de mediano plazo, de aquí al año 2000 como meta- se impulsaría un proyecto complementario a la Ley de Bases del Medio

Ambiente, la ley marco que regula esta temática, de modo que todas las deficiencias detectadas desde la puesta en vigencia del SEIA, a contar del pasado 3 de abril, puedan ser subsanadas.

Hay conciencia a nivel nacional de que el balance en algunos ámbitos medioambientales no es todo lo positivo que se podría esperar dado nuestro nivel de desarrollo económico y social. La dilatación de algunos importantes proyectos productivos ha generado descontento en amplios sectores políticos y económicos. La incapacidad para llegar a acuerdos, la obstinación y radicalización de ciertas posiciones, han implicado que muchos de estos casos lleguen hasta los tribunales de justicia, causando dilaciones innecesarias y fuertes pérdidas económicas para el país. Es indudable que en el Chile actual está mucho más avanzada la formulación de políticas medioambientales que la implementación orgánica de las mismas.

Se entiende entonces que la preocupación debería centrarse en convertir a la Comisión Nacional del Medio Ambiente en un organismo eficiente, capaz de resolver las diferencias de intereses sin que los conflictos lleguen hasta los tribunales de justicia. Para que esto acontezca será necesario dotarla de los medios económicos suficientes como para transformarla en una verdadera Subsecretaría del Medio Ambiente, con una gran dosis de independencia, autonomía y jerarquía. De lo contrario, perderemos un tiempo precioso mientras el resto del planeta avanza.

Nos parece que ha llegado el momento en que nuestra economía social de mercado responda a los desafíos actuales y pruebe que puede reflejar de manera adecuada la realidad ambiental e incorporar los objetivos del desarrollo sustentable, como fuera definido con anterioridad. Ahora bien, si el mercado realmente motiva el uso eficiente de los recursos y ayuda a disminuir la contaminación, cabe preguntarse entonces por qué la historia de la industrialización se caracterizó, hasta la Segunda Guerra Mundial, por un uso generalmente no sustentable de los recursos e importantes niveles de contaminación.

La respuesta primordial es que los mercados sencillamente no han reflejado con eficiencia los costos de la degradación del medio ambiente. En la mayoría de los casos no se ha conseguido la integración de estos costos ambientales en las decisiones económicas, tanto en el sector privado como en el gubernamental. A estos costos se les ha llamado "externalidades". Tradicionalmente no

son considerados en los cálculos de costos, si no es a través de los reglamentos que regulan el medio ambiente, muchos de los cuales no son lo suficientemente eficientes y por lo tanto representan una carga innecesaria para la industria y para los consumidores. Por ejemplo, una central eléctrica que funcione en base a petróleo, o carbón, produce contaminación y perjudica la salud humana, ensucia el entorno edificado, daña bosques y acidifica lagos y cuencas hidrográficas. Los costos de estas alteraciones no son de ningún modo teóricos o abstractos, pero se diluyen entre los miembros de la sociedad y son externos a la operación de la central propiamente tal.

Para un país como el nuestro, la rectificación más importante a nivel de mercado consistiría en poder determinar estas "externalidades", incluyéndolas dentro de los costos de cada empresa, donde y cuando sea posible. Las leyes ambientales existentes, aunque perfectibles, constituyen instrumentos útiles para comenzar a internalizar dichos costos. La práctica del "uso inteligente" implica la utilización razonable de los recursos, dentro del marco de la administración moderna de la empresa; es decir, aplicando todas las técnicas y métodos actuales al buen manejo del desarrollo y el medio ambiente.

Ya que estamos hablando de incluir los costos del medio ambiente en los resultados de la moderna administración empresarial, se hace necesario entonces analizar la teoría del "costo total". Dicha tesis nace a principios de la década de los 90, impulsada por el Consejo Empresarial para el Desarrollo Sostenible. Como sucede con muchos ideales, por ejemplo la democracia o el concepto de libre mercado, lograr la aproximación máxima a sus fundamentos teóricos dependerá de las condiciones de tiempo y lugar.

Los economistas están trabajando, principalmente en Estados Unidos, en idear un método que permita establecer el costo total del uso de los recursos naturales y el consiguiente daño ambiental que este uso frecuentemente produce. Se han topado, eso sí, con el problema de que algunos costos no pueden ser cuantificados con exactitud. Un buen ejemplo sería lo que sucede con los problemas globales de contaminación, como el deterioro de la capa de ozono, donde el costo total queda en el terreno de la abstracción, ya que el precio no puede ser estimado con exactitud. La tarea de internalizar los costos ambientales, por lo tanto, debe llevarse a cabo utilizando los conoci-

mientos existentes y los instrumentos disponibles; aunque hemos avanzado mucho en este terreno, ambos siguen siendo imperfectos.

El mercado no nos dice hacia dónde hay que ir, pero sí provee los instrumentos más eficientes para llegar hasta allí. Por lo tanto, la sociedad organizada -a través de su sistema político- tendrá que juzgar el valor, fijar objetivos a largo plazo, imponer gradualmente medidas como tarifas y efectuar correcciones sobre la marcha, todo basado en la experiencia y en una realidad en constante transformación. De esta manera, en la búsqueda del desarrollo sustentable sería de gran beneficio la introducción, lenta pero predecible, de ciertos cargos medioambientales. La planificación de la infraestructura, el desarrollo de nuevos negocios, los proyectos culturales y los consumidores podrían entonces prever el incremento de precios y actuar en conformidad: aprobando o rechazando los mismos a través del mercado.

La falta de dedicación a estas materias en nuestro medio nacional, es más que obvia. Los indicios externos (más que los índices) son suficientes para graficar este punto. El "smog" de Santiago, las aguas servidas que fluyen abiertamente por el centro de nuestra capital, la falta de árboles y parques en la mayoría de las ciudades del Sur... Todo esto apunta a una dolorosa falencia de nuestra parte que no es bueno seguir tratando de justificar. La única solución posible a estos y otros problemas similares es mediante el desarrollo sustentable en su vertiente de "uso inteligente".

Volviendo ahora al tema del costo total, las ecuaciones básicas para su determinación son bastante sencillas. Para la producción, ya sea industrial o agrícola, el costo total es el costo de la producción más el costo, a precio de mercado, de cualquier daño al medio ambiente asociado a ésta. Para el uso de recursos, ya sean minerales o forestales, el costo total representa el costo de la extracción o cosecha, más el costo del daño ambiental a precio de mercado. A manera de ejemplo, la tala de un bosque ubicado en terrenos de alta fragilidad y que cubre una cuenca hidrográfica, puede degradar los beneficios ambientales provenientes de dicho bosque, como sea su función reguladora del agua. El costo de esta degradación puede llegar a ser tan importante, que la sociedad (el mercado) podría exigir que el bosque cumpla sólo un objetivo: el de proteger la cuenca hidrográfica.

La extracción de recursos, la manufactura y los niveles de uso y consumo de energía se ven afectados por consideraciones de mercado. La cantidad de lo que se extrae, produce y consume depende del precio de venta. Cuanto más elevado es el precio, más baja es la demanda. Este principio económico básico es aplicable tanto al medio ambiente como a las transacciones comerciales. Si no somos capaces de exigirles a los individuos y a las empresas que se hagan cargo del costo de eliminar sus desechos en el medio ambiente, el resultado será que se verterán más desechos que en el caso de que el precio refleje el costo total de la eliminación.

Quizas el factor más importante para alcanzar efectivamente el desarrollo sustentable sea la fijación de un precio correcto. Si los precios de las materias primas y los productos no llegan a reflejar adecuadamente los costos totales, y si además no logramos asignarle un precio real al aire, al agua y a los recursos de la tierra -que actualmente sirven como recipientes libres de costo para los residuos de la sociedad-, los recursos tenderán a ser empleados ineficazmente desde un punto de vista económico y social. Esta cuantificación es difícil de lograr, pero no imposible.

Dicho todo lo anterior, habría que detenerse un instante aquí para considerar la otra cara de la moneda. Para no pocas personas el respeto por el medio ambiente ha pasado a significar la idea de "atesoramiento", lo que en muchas ocasiones es contrario al progreso, al desarrollo y francamente antisocial. Conservación del medio ambiente no es preservación en la mayoría de los casos. Sólo podría serlo en instancias como las correspondientes a Parques Nacionales u otras similares. De no actuar en forma criteriosa, las diversas iniciativas sugeridas acá para la conservación o protección del entorno, paradójicamente, nos empobrecerían y atentarían contra la armonía que sustentamos.

Al calcular el costo total de los recursos naturales, por lo tanto, debemos evitar las exageraciones y distorsiones provenientes de ciertas posiciones radicales que tienden a sobrevalorar dichos recursos y a tratar de mantenerlos prácticamente intocados. Esto se podría traducir en un menor desarrollo, con un alto costo social y un escaso beneficio para la comunidad. Es por ello que se deberán ponderar de una manera integral los costos y los beneficios de toda política ambiental, antes de decidir tomar ciertas medidas que po-

drían resultar incluso peor que los daños que quisieran atenuarse.

NUEVAS TENDENCIAS INTERNACIONALES Y LAS CONSECUENCIAS PARA CHILE

Y ya que estamos hablando de posiciones extremas, ¿qué pensarían ustedes acerca de enviar tropas al extranjero para hacer cumplir las normas que regulan la polución ambiental? Aunque esto suene a ciencia ficción, es exactamente lo que se sugiere en un documento publicado recientemente por el Departamento de Estado norteamericano titulado "Diplomacia Ambiental", con prólogos del Vicepresidente Al Gore y de la Secretaria de Estado Madeleine Albright.

El mensaje fundamental de este documento es que los asuntos del medio ambiente son en la actualidad parte de la corriente principal de la política exterior norteamericana, debido a que los problemas ambientales son el meollo de los desafíos políticos y económicos que enfrenta Estados Unidos alrededor del mundo.

Es decir, ya no es la defensa, la educación o la pobreza donde se pondrá el énfasis, sino más bien el medio ambiente será el que marque ahora la pauta de la política exterior norteamericana. Importantísima diferencia, que más adelante trataremos de explicar a través de un análisis histórico.

"Diplomacia Ambiental" parece sacado directamente del libro de Al Gore *La tierra en la balanza*. Esto no tendría nada de malo, si no fuera porque el Vicepresidente a menudo confunde el debido respeto por la naturaleza con posiciones francamente contrarias al progreso y la tecnología. En diversos pasajes, Al Gore nos entrega el mensaje de que "la economía clásica define la productividad muy estrechamente, incitándonos a asociar aumentos en la producción con el progreso económico. Pero el manto sagrado del progreso es tan atractivo que los economistas tienden a descuidar los malos efectos que a menudo acompañan a tales mejoras". El Vicepresidente también repite la sentencia de que aquellos que creen en el progreso tecnológico serían "siniestros causantes de un holocausto", lo que no nos parece un enfoque prudente respecto del medio ambiente y las posibilidades de cristalizar un desarrollo sustentable.

Una de las soluciones propuestas por Al Gore y el Departamento de Estado es redefinir las con-

cepciones esenciales de la actividad económica. El objetivo de esta política es permitirles a los gobiernos disfrazar el costo de la protección ambiental llamándolo "beneficios", e inducir a las empresas a presentar aquellas actividades económicas creadoras de riqueza como "costos sociales". Los efectos de esta nueva concepción serían profundos: crearían una inmensa confusión contable y una falta de transparencia que afectarían por igual a los gobiernos, los negocios privados y las actividades medioambientales.

Según esta nueva teoría contable, donaciones efectuadas por el Banco Mundial a organizaciones ecologistas pueden ser contabilizadas por dicha institución como "ingresos", mientras que el valor de la energía producida por una nueva central eléctrica financiada por el Banco sería contabilizada como un "egreso".

El Departamento de Estado enfocará su diplomacia ambiental bilateral y regional en varias áreas claves, una de las cuales es el uso de la tierra. Aparentemente, Al Gore y Madeleine Albright piensan que la política exterior de Estados Unidos debe concentrarse en las decisiones económicas y ambientales internas de otras naciones: que si la ciudad de Santiago decide construir una gran autopista en lugar de extender el Metro, o si Alemania decide implementar cultivos agrícolas en los viejos bosques de la Selva Negra. Estas y otras situaciones similares pasarán a ser lugares comunes para la política exterior norteamericana, con los consabidos "premios" o "castigos", dependiendo de cuál sea la postura ambiental del gobierno de turno.

Se sabe a ciencia cierta que la Administración Clinton ya está implementando las iniciativas ambientales del Departamento de Estado de varias maneras: en la negociación de tratados y acuerdos comerciales; en la diplomacia bilateral y regional; en el compromiso de la CIA con la "inteligencia ambiental" y en los nuevos "centros ambientales regionales" que funcionan en las embajadas norteamericanas para materializar esta estrategia. Analizando detenidamente las implicancias de estos factores, se entiende mucho mejor la reciente intervención del Embajador de Estados Unidos en nuestro país, para exigir del gobierno chileno un trato preferencial hacia el empresario y ecologista Douglas Tompkins. Así también se comprenderán mejor los problemas y trabas que están sufriendo los productos forestales chilenos para ingresar al mercado norteamericano.

Por su tamaño, cultura, población homogénea y gran sentido de organización, Chile siempre fue una especie de laboratorio para una serie de experimentos políticos, económicos y sociales. No debemos extrañarnos entonces de la fuerza que ha tomado el debate medioambiental en los últimos tiempos. La "mira" está puesta en Chile, ya que cuanto acontezca en nuestro país servirá luego de ejemplo para muchas otras naciones, donde la preocupación por el medio ambiente es nula o muy tenue. Indudablemente, el buen desarrollo de nuestro mercado interno puede ofrecer soluciones más efectivas y menos costosas a los problemas del medio ambiente. Podemos, debemos demostrar entonces cómo las instituciones propias de nuestra economía de mercado -la libertad de emprender, la libre competencia, los derechos de propiedad, un buen sistema de precios y la responsabilidad individual- son los incentivos más eficientes para mejorar la calidad ambiental. Hacerlo en forma independiente deberá ser nuestro anhelo máspreciado.

UNA PERSPECTIVA HISTORICA DE LA ESTRATEGIA AMBIENTAL NORTEAMERICANA

La extraordinaria preocupación del gobierno norteamericano por el medio ambiente no es un asunto nuevo, ni mucho menos casual. Es nuestra convicción que esta situación representa una política de Estado, planificada concienzudamente en la década de los 60. Un plan estratégico cuyos frutos comienzan a cosecharse después de treinta años. Comprender las implicancias de lo que a continuación vamos a narrar, es de la mayor importancia para el Chile actual, en momentos en que estamos próximos a negociar un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y en que algunas exportaciones de recursos naturales y productos elaborados comienzan a tener serias dificultades para ingresar al mercado norteamericano.

En 1963 el Gobierno de los Estados Unidos formó un Grupo Especial de Estudio ("Special Study Group"), cuyo propósito era estudiar en secreto los problemas que surgirían una vez que desapareciera la amenaza de una guerra nuclear, es decir, qué pasaría con el advenimiento de una paz generalizada.

El Grupo, como lo llamaremos de aquí en adelante, estaba compuesto por quince personalidades

que gozaban de gran prestigio en sus respectivas especialidades. Sus nombres permanecen en el anonimato hasta el día de hoy, pero se sabe que sus credenciales cubrían los siguientes campos: historia, legislación internacional, economía, sociología, antropología, sicología, siquiatria, matemáticas y astronomía. Estos grandes cerebros se reunieron por primera vez en un lugar llamado Iron Mountain, en el Estado de Nueva York. Este es un sitio sumamente especial, ya que sirve de refugio nuclear privado para cientos de grandes empresas y corporaciones norteamericanas, donde mantienen duplicados de documentos importantes y también equipos de personal clave para dichas organizaciones.

El objetivo básico del Grupo era determinar científicamente y con realismo la naturaleza de los problemas y oportunidades que debería enfrentar Estados Unidos ante una situación mundial de "paz permanente", y planificar una estrategia conducente a manejar esta contingencia. A los miembros se les asignaban proyectos individuales; gozaban de tiempo y medios para realizar los estudios correspondientes.

Durante los tres años que duraron las investigaciones, los miembros del Grupo se reunieron en diferentes lugares: universidades, hoteles, clubes privados y casas particulares. Jamás lo hicieron en Washington y mucho menos en dependencias estatales. Al final del período de investigación, el Grupo se dio cuenta de que tenía una "papa caliente" entre las manos y por lo tanto recomendó al comité gubernamental del cual había recibido su mandato no publicar el informe final.

Sin embargo, uno de los miembros del Grupo no estaba de acuerdo con esta decisión, ya que pensaba que el público norteamericano tenía derecho a saber qué se estaba planificando y quién lo estaba haciendo. Decidió contactar a un amigo escritor y le facilitó una copia del informe para su publicación, con la sola condición de que su nombre permaneciera en el anonimato. Y así fue como Leonard Lewin publicó en 1961 el "Informe de Iron Mountain".

De más está decir que el Informe causó un tremendo revuelo en aquellos años -época de grandes cambios revolucionarios y plena guerra de Vietnam- por la crudeza y frialdad con que el Grupo abordó el estudio de una materia tan delicada y controvertida. El ciudadano común no estaba preparado para digerir las duras conclusiones y recomendaciones contenidas en el Informe. Mien-

tras más se adentraban en el estudio del caso, más convencidos quedaban los miembros del Grupo que la estructura fundamental de nuestra sociedad dependía esencialmente de lo que ellos llamaron el "sistema de guerra".

Su primera conclusión fue que para mantener la cohesión social y la organización política de una nación era necesaria la existencia de un permanente conflicto o amenaza exterior. "El 'sistema de guerra' permite un gobierno estable de las diferentes sociedades humanas, al crear una amenaza externa que faculta el manejo político de las mismas. Al facilitar este manejo, el 'sistema de guerra' establece las bases de la nación y otorga autoridad a los gobiernos para controlar a los ciudadanos" (pág. 64 del Informe).

Esta importante alteración del pensamiento convencional es lo que le otorga al Informe esa suerte de "atracción fatal" que ejerció sobre el ideario estratégico norteamericano. El Informe advierte que las naciones son estables internamente sólo cuando mantienen un conflicto externo. La soberanía nacional requiere de una amenaza internacional. Al no contar con la presión cristalizadora de un peligro exterior, la sociedad se disgrega y desgarra debido a los múltiples intereses internos que compiten entre sí. Es así como la nación norteamericana no recurre a la guerra, sino que depende de la guerra; no va a la guerra, sino que permanece en guerra. La soberanía nacional la necesita, la estructura social la pide y el control económico depende de ella.

¿Qué acontecería entonces con el advenimiento de una paz generalizada? El Informe responde a esta pregunta de la siguiente manera: "No exageramos al afirmar que un escenario de paz mundial produciría cambios en la estructura social de las naciones. El impacto económico de un desarme generalizado, por nombrar sólo una de las consecuencias más obvias de la paz, cambiaría tan drásticamente los sistemas de producción y comercio global, que las innovaciones de los últimos cincuenta años nos parecerían insignificantes. Igualmente fundamentales serían los cambios políticos, sociales, culturales y ecológicos" (pág. 8 del Informe).

El Informe reconoce que la paz internacional es factible, pero la considera muy peligrosa si no se encuentra un sustituto viable para la guerra. Se deja expresamente establecida la necesidad de planificar la búsqueda de este sustituto, que debería representar una amenaza externa seria y tangible.

En otras palabras, si se desea lograr la paz, (1) hay que encontrar una amenaza alternativa que sea creíble para las personas, (2) movilizar a la sociedad en contra de esta amenaza y (3) reorganizar a la sociedad toda en torno a este tema.

¿Qué podría reemplazar entonces al "sistema de guerra"? El Grupo Especial de Estudio consideró una amplia gama de alternativas, tales como un gigantesco programa espacial orientado a objetivos prácticamente inalcanzables; una omnipresente y omnipotente fuerza policial internacional; una amenaza extraterrestre real y concreta; nuevos y peligrosos fundamentalismos religiosos, y una posible catástrofe global causada por una grave polución ambiental. De todas estas alternativas a la guerra, el Grupo pensó que el medioambientalismo era la más efectiva. Sin embargo, aunque la amenaza ecológica era un buen sustituto, en la época en que se redactó el Informe no parecía enteramente factible aún (1965-1966). El "Informe de Iron Mountain" hace hincapié en que los problemas ambientales necesitaban tiempo para madurar y llegar a su punto de ebullición. "Basado en las actuales condiciones, será necesario que pase una generación a generación y media antes que los problemas del medio ambiente sean lo suficientemente dramáticos, a escala global, como para ofrecer la solución deseada" (pág. 66 del Informe).

El Informe provocó un gran debate a nivel nacional y mucha polémica. La prestigiosa revista *U.S. News & World Report* se refería a su publicación en los siguientes términos: "Fuentes cercanas a la Casa Blanca han revelado que el Gobierno está alarmado. Estas fuentes nos han indicado que se ha instruido a las embajadas americanas que deben restarle importancia a Iron Mountain; se debe aclarar que el libro no tiene relación alguna con la política gubernamental. Sin embargo, persisten las dudas. Una fuente bien informada confirmó que el Grupo Especial de Estudio... fue creado por un alto personero de la Administración Kennedy. La fuente añadió que cuando el Informe fue presentado internamente al presidente Johnson, éste rompió en cólera y ordenó que fuera guardado bajo siete llaves" (20-11-67, pág. 48).

John Kenneth Galbraith, destacado intelectual, economista y profesor de Harvard, escribió en 1967 un extenso artículo sobre Iron Mountain para un suplemento literario llamado *Book World*. El artículo se titulaba "Planteamientos sobre la Guerra y la Paz para los que usted no está Preparado".

Galbraith cuenta allí que fue contactado para formar parte del Grupo Especial de Estudio, pero se vio forzado a declinar la invitación debido a que tenía otros compromisos ineludibles en esos momentos. Reconoce, eso sí, que algunos miembros del Grupo lo contactaron más adelante cuando preparaban el Informe.

En cuanto a la credibilidad del Informe, Galbraith asevera que ésta no podría ser mayor si el documento lo hubiera escrito él mismo. Galbraith hace hincapié en la validez del enfoque de Iron Mountain, restándole importancia al desconocimiento de su autoría. Las conclusiones del Informe, nos asegura, son tremendamente sólidas.

Treinta años han pasado desde la publicación del "Informe de Iron Mountain". Este hecho nos da una perspectiva histórica para analizar qué ha sucedido desde el momento en que el Informe salió a la luz pública. Y más específicamente, nos permite recoger evidencias para contestar dos preguntas que nos han venido preocupando durante los últimos años: ¿Ha tenido el Informe alguna injerencia en la planificación estratégica del gobierno norteamericano? ¿Es el "plan para reemplazar la guerra", detallado en Iron Mountain, un objetivo marco de la política americana? Podemos comenzar a responder estas preguntas haciendo un breve análisis de lo que ha pasado a partir de 1966 (año en que el Grupo entregó internamente el Informe).

Los planteamientos propuestos en Iron Mountain pronto comenzaron a ser parte integral del discurso político norteamericano. La revista *Foreign Affairs*, en su edición correspondiente a abril de 1970, publicó un artículo titulado "Una propuesta para prevenir un vertedero mundial", cuyo autor era George Kennan, eminente estratega gubernamental y profesor de la Universidad de Princeton. El artículo de Kennan llega a tres conclusiones: (1) la crisis ecológica representa una amenaza global tan grande, que hace peligrar la vida sobre la tierra; (2) esta crisis debe ser controlada por una asociación entre el gobierno y la empresa privada, que operaría bajo el control de una Superagencia Internacional encargada de los temas medioambientales; (3) la nueva cruzada ecológica debe proceder a expensas de las peligrosas políticas que se esconden bajo la tutela de la defensa nacional.

Es decir, la amenaza bélica debe desaparecer y ser reemplazada por una amenaza ecológica, mien-

tras la soberanía nacional se pierde en el horizonte. La propuesta de Kennan no sólo refleja los conceptos desarrollados en el "Informe de Iron Mountain"; los transforma en un programa concreto y tangible.

Durante los años 70 y 80, los temas relacionados con la paz, el globalismo y el medioambientalismo comienzan a ser tratados al unísono por la prensa occidental. Se cumple así la agenda de Iron Mountain y el público se va familiarizando con estos asuntos, aceptándolos de buena manera. La amenaza ecológica pasa a ser real y tangible, especialmente después de la caída del imperio soviético. Un editorial del *New York Times* gráfica bien este punto. "De la amenaza roja a los premios verdes", del 27 de marzo de 1990, nos advierte que a medida en que la guerra fría desaparece, el medio ambiente pasa a ser el primer riesgo para la seguridad internacional.

El "Informe de Iron Mountain" nos aseguraba que la crisis ecológica era un buen sustituto para la guerra, pero insistía en que tendría que pasar una generación a generación y media antes de que esa propuesta pudiera madurar. Recordemos que el Grupo Especial de Estudio llegaba a estas conclusiones en el período 1963-1966. Los historiadores concuerdan en que una generación representa aproximadamente treinta años, lo que significa que la transición desde un "sistema de guerra" a la era del medio ambiente debería estar sucediendo... ¡ahora mismo!

Con estos nuevos antecedentes podremos entender mucho mejor lo que hay detrás de la "Diplomacia Ambiental" del Departamento de Estado. Lo que se nos presenta como una nueva política, dista mucho de ser nueva. Tiene la madurez que le otorga un período de incubación de treinta años, cuando no más. No existe otra nación en el mundo que tenga esta experiencia y que esté técnicamente tan preparada para sacarle provecho a una estrategia ambiental que permeará todos los campos imaginables del saber y la cultura popular del siglo XXI.

El libro del Vicepresidente Al Gore *La tierra en la balanza*, claramente impulsa el programa de Iron Mountain, especialmente en lo relativo al globalismo y la idea que la soberanía nacional es desechable (para todos, exceptuando los Estados Unidos). Al Gore nos dice que "debemos hacer del rescate del medio ambiente el motor central de la civilización", lo que no estaría mal, si no fuera

porque representa la consecución histórica de una estrategia y una política de dominio económico/cultural.

PENSAMIENTOS FINALES Y CONCLUSIONES

El tema que acabamos de analizar es de extrema importancia para países con características similares al nuestro. Hay que entender que no sólo estamos hablando del medio ambiente, sino que de situaciones mucho más profundas que tocan las fibras íntimas de un sistema económico y social que ha venido funcionando relativamente bien durante los últimos quince años. Se podrá discrepar en asuntos puntuales o coyunturales, pero en lo esencial existe en Chile un buen grado de consenso respecto de las bondades de nuestra economía social de mercado.

¿Cómo enfocar entonces esta globalización, esta preeminencia de la temática medioambiental? Cabe recordar acá que somos una sociedad y una economía que tiene sus puertas y sus mercados abiertos al resto del mundo, con muy pocas barreras artificiales y aranceles relativamente bajos. Recordemos también que somos, en lo principal, un país productor y exportador de recursos naturales en bruto y semielaborados. Esto a su vez nos planta de lleno en el "ojo de la tormenta" de la trama medioambiental.

Hemos sostenido que nuestra política ambiental debe ser equilibrada y realista. Ciertamente no podemos exigirle al país estándares ambientales que correspondan a escenarios de países europeos que vienen manejando sus recursos naturales, como los bosques, desde el siglo XVIII y por lo tanto pueden cumplir con niveles de exigencia superiores.

La creciente dinámica que han tomado estos temas en Estados Unidos y otros países desarrollados de Occidente, sin embargo, no va a permitir que Chile goce de un tiempo prudente para adaptar su sistema productivo a esta nueva realidad; no tendremos un plazo muy largo para producir la necesaria reingeniería ambiental. Según nuestras estimaciones, tenemos un horizonte de unos siete años para incorporar los cambios; calcular los costos; decidir quién deberá asumirlos; encontrar fórmulas que nos permitan mantener la competitividad internacional de nuestros productos; capacitar a

los chilenos en esta materia y llegar a tener estándares que indiquen un buen nivel de respeto por nuestro entorno natural, lo que es igual a decir respeto por las personas.

No avanzaremos mucho quejándonos de "esto o aquello". La realidad es una sola y es mejor enfrentarla ahora, en esta etapa de nuestro desarrollo cuando estamos suficientemente preparados para asumir las consecuencia de dicha reingeniería ambiental, dentro de lo que en este trabajo hemos llamado el "uso inteligente" de los recursos. Muchas empresas chilenas están tomando las debidas precauciones y analizando a fondo esta situación, especialmente del rubro forestal.

No sería prudente ni conveniente esperar a que el impulso innovador nos llegue desde el exterior, ya que con toda seguridad vendría sesgado y produciría más daño que beneficios. Es claro, por otra parte, que los mercados occidentales están cada día más exigentes y piden que los productos sean "sanos" y que provengan de un entorno donde exista respeto por el medio ambiente. La certificación ambiental es una realidad *ad portas*, que afectará a una vasta gama de exportaciones chilenas, como: productos forestales, frutas y hortalizas, vinos, salmones y otros pescados, algunas manufacturas y a futuro todo tipo de productos mineros.

Los mayores cambios se producirán, por razones obvias, en el sector forestal. Este rubro no sólo es productor de bienes y servicios esenciales, sino que además es usuario de una gran cantidad de recursos naturales, específicamente suelo, bosque, agua, aire, flora, fauna y "espacio crítico", que a veces puede tener un valor estratégico. La vastedad, notoriedad y cuantía de este uso le confieren a la actividad forestal una suerte de connotación pública difícil de soslayar. El bosque tiene efectos positivos muy diversos y ostensibles sobre la actividad humana. El desarrollo sustentable, por lo tanto, debe comenzar por el sector forestal y desde allí extenderse hacia el resto de la sociedad organizada.

BIBLIOGRAFIA

- ARNOLD, R. 1997. *Ecoterror: The Violent Agenda To Save Nature*. Bellevue, Washington: The Free Enterprise Press.
- DONOSO Z., C. 1993. *Bosques Templados de Chile y Argentina: Ecología Forestal*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

JOSE MIGUEL SERRANO

- GORE, A. 1992. *Earth in the Balance-Ecology and the Human Spirit*. New York: Houghton Mifflin.
- GOTTLIEB, A. 1988 (editor). *The Wise Use Agenda*. Bellevue, Washington: The Free Enterprise Press.
- KENNAN, G. 1967. *To Prevent a World Wasteland - A Proposal*. Foreign Affairs, April, 1970.
- LEWIN, L. (editor). *Report From Iron Mountain on the Possibility and Desirability of Peace*. New York: Dial Press.
- McLANDRESS, H., J.K. GALBRAITH. 1967. *News of War and Peace You're Not Ready For*, Book World, November 26.
- SAHLINS, M. 1967. *Stone Age Economics*. Chicago: Aldine Publishing, 1972. U.S. News and World Report", Hoax or Horror? A Book That Shook The White House", November 20.

Recibido: 25.09.97